

PRIMERAS JORNADAS DE LITERATURA ARGENTINA: *IDENTIDAD CULTURAL Y MEMORIA HISTÓRICA*

PALABRAS DE BIENVENIDA

por

Alicia Sisca

Directora de la Carrera de Letras

Este momento tan especial, el comienzo de las Primeras Jornadas de Literatura Argentina organizadas por la Escuela de Letras en conmemoración del Cincuentenario de la Universidad del Salvador, nos halla convocados por el común interés de pensarnos como partícipes activos en la construcción del ser cultural que nos caracteriza no sólo como Nación sino como Patria, la tierra de nuestros padres. Este encuentro significa ponernos en conjunción hacia algo común, la literatura argentina, vale decir las letras (*litterae*) y también el signo o el carácter (*gramma*) que nos explican. Nos reúne la palabra (*logos*) que en su argentinidad nos nombra y nos proyecta a la infinitud del Verbo. Todo se hizo por la Palabra y nosotros, copartícipes de la Creación, también nos estamos haciendo por la palabra gracias a la inteligencia, compartida y dialogante, que nos permite este encuentro.

Hemos elegido como tema de estas Jornadas, los sustratos de nuestra identidad cultural argentina y la memoria histórica que debe hacerlos siempre actuales y vigentes. Para preservar la memoria histórica de nuestra identidad cultural resulta muy valioso el aporte de la Literatura. En efecto, las obras literarias, cualquiera sea su género o su estilo, se concretan en un marco histórico-político, religioso, económico y de cultura general, que corresponde a los rasgos distintivos del ser nacional. Todas las obras literarias par-

ten de un soporte real, que, elevado al plano artístico por la inspiración de sus autores, van configurando un país ideal, que es como una especie de arquetipo del ser nacional. A su vez el verdadero poeta se hace voz del pueblo al que pertenece:

Arte poética

[...] *Ubicado, al nacer, en una tierra,
y en la masa de un pueblo tal o cual,
el aeda se ve sometido a un espacio
y a sus ineludibles condiciones.
Porque la ontología de la tierra natal
debe ser el soporte de su canto,
y ha de aprender las formas y a nombrarlas
no de cualquier manera, ciertamente. [...]*

De *La Poética* (1959), por Leopoldo Marechal.

Pretendemos indagar esas formas que perduran desde los escritores de nuestra época hispánica y aún más allá de los estratos étnicos de raíz cristiana y humanística, en el verdadero sentido que tienen estos calificativos. Así incluimos el reconocimiento de una tradición plural como la nuestra, que va más allá de los dogmas literarios, que abarca las disidencias, que tiene en cuenta no sólo lo académico sino también lo espontáneo, no sólo lo erudito sino lo coloquial. Nuestro *ethos* criollo surge de la mestización

de culturas que la colonización española siempre propició: el indígena tenía una cultura pero no conciencia de cultura, y a la vez el español adquirió en estas tierras, innegablemente, cierta alterización de la cultura que traía. Esta forma especial de la colonización que se propuso España, expresada en textos oficiales contundentes y muy arraigada en sus principios ético-religiosos, hizo que nuestro *ethos* se constituyera vital pues admitió, desde el principio, la confrontación, el cambio, lo distinto y el entrecruzamiento de lo popular y lo ilustrado. Por otra parte, diferenciándonos de otros pueblos hispanoamericanos, más dados a lo mágico o a lo maravilloso, con la inicial y permanente pregunta introspectiva acerca de quiénes somos, marcamos una vocación de elaborar especulativamente nuestro ser nacional.

Toda literatura, y la nuestra no es la excepción, tiene predilección por ciertas expresiones, ciertos signos, ciertos rasgos que constituyen un espíritu común, un *ethos* que trataré de caracterizar. Seguramente a partir de hoy, durante estas Jornadas, mi propuesta se confirmará o no y se completará o enriquecerá de acuerdo con cada una de las exposiciones.

El comienzo de nuestra literatura fue a la vez elegíaco y aciago. El *Romance* de Luis de Miranda (¿1536-1570?) señala proféticamente dos líneas que perduran: el canto lastimero y triste y el tema trágico como consecuencia del odio y la crueldad predominantes en las circunstancias de esa época (son ejemplos desde los textos de Centenera y Castañeda, hasta los de Mallea y Mujica Láinez). Asimismo surge del *Romance* otro rasgo perdurable: el escritor es a la vez protagonista de la historia. En él están unidas creación literaria y vivencia histórico-política (como verificamos en las obras de Echeverría, Mármol, Sarmiento, Hernández, Juana Manuela Gorriti, Cané, Lugones o Rojas).

Otra característica de la literatura argentina es la cualidad actuante de la naturaleza, que aunque sólo aparezca como alusión no pasa inadvertida ni oficia de telón de fondo. Su extensión, exuberancia y diversidad de climas y suelos se imponen de manera fuerte y activa (elijo para ejemplificar sólo algunos nombres: Lavardén, Mansilla, Güiraldes, Di Benedetto, Saer).

Esa sensación de infinitud o imposibilidad de aprehender inmensas extensiones en toda su riqueza y variedad, juntamente con el crecimiento abrupto de la gran aldea y las sucesivas oleadas de inmigrantes, producen vivencias de soledad y desamparo que también trasuntan en nuestras obras (Holmberg,

Cambacères, Bunge, Discépolo, Gálvez, Marechal).

En el siglo XIX ingresa especialmente en la novela y el teatro el tema de la inmigración y la narrativa del siglo XX da un nuevo enfoque a los rasgos de la novela histórica con una moderna interpretación de los hechos y la intromisión en la trama de personajes ficticios (como sucede en obras de O. Bunge, O. Amadeo, M. Gálvez, G. Martínez Zuviría, P. de Lusarreta, M.E. de Miguel, M.R.Lojo).

A pesar del tono elegíaco al cual hacíamos referencia no faltan la picardía y el humor que también arraigaron con fuerza en los escritores argentinos (por ejemplo Lynch, Gironde, Cortázar, Dimitrópolos, de Miguel, Di Benedetto).

Con la misma pulsión apasionada y militante de los cronistas iniciales, muchos autores se refirieron a la necesidad permanente que tenemos de conocernos y explicar el contexto social en el que estamos inmersos. La mayoría de nuestros escritores cantaron y contaron opinando (Centenera, Echeverría, Sarmiento, José Hernández, Alberdi, Mallea, Marechal, Sabato, Martínez Estrada).

También los personajes de la literatura argentina son representativos de este *ethos* mestizo y plural que nos identifica como por ejemplo Facundo, Fierro, Andrés, Erdosain, Adán Buenosayres, Martín, Oliveira, Zama y los de las canciones populares folklóricas o los del tango. Sin duda esto indica un rechazo de las tendencias postmodernas -de pensamiento débil y superficial, de desconocimiento del individuo y de olvido de la búsqueda del sentido del mundo y de la vida- y una voluntad de retomar a las fuentes revitalizadoras para avanzar, con vocación de diálogo y de encuentro, por el camino que ofrece el humanismo abierto e integrador que subyace desde nuestros orígenes y nos imprime carácter.

Por último quiero destacar que hay escritores en los que la religiosidad es rasgo prioritario pues es el sustento claro de su creación (como sucede con Tejada y Guzmán, José Hernández, Estrada, Martínez Zuviría, Marechal, Castellani, Castilla, Juárez, Castiñeira de Dios, Gloria O.J.Martínez, Amílcar Cipriano, Bufano, Isaacson).

Soledad

Leyendo el libro hebreo y arreando vacas vivo
entre las cumbres níveas de este valle profundo.
Mi espíritu y mi verso se abren al sol del mundo
como las hojas nuevas de un árbol pensativo.

¡Oh, placer de saberme tan inactual y lejano,
y, sobre todo, amigos, profundamente bueno!
¡Oh, la lección del ave y del río y del heno
y del buey que recoge la hierba de mi mano!

Vida fuerte y austera, vida callada y pura;
vida a la que le sobre la palabra y la voz;
¡que ya es divina gracia sentir esta dulzura
inefable y celeste de estar cerca de Dios!

De *Poemas de Provincia* (1922), por Alfredo R. Bufano.

Por mi tierra abrasada

[...] Por mi tierra Te pido.
Que las calandrias y los zorzales
por siempre Te celebren en un cantado vuelo.
No apartes Tu mano.
Bendice mi tierra
y éste será mi último ruego,
la última plegaria que Te escriba.

De *Plegarias* (1996), por José Isaacson.

Nosotros tenemos con estas Jornadas una prueba que puede llenarnos de esperanzas: es la literatura argentina la que nos movilizó y en la que ponemos nuestro esfuerzo para colaborar en la construcción de una sociedad mejor, más integrada y responsable.

La inteligencia de la persona humana es inteligencia compartida y se realiza mediante la manifestación comunicativa. El diálogo es la vía que los seres humanos tenemos para intercambiar ideas con las de-

más personas y, en consecuencia, el medio que coadyuva a la cultura. Hoy estamos embarcados en un proyecto común: conocer mejor nuestra literatura por medio de nuestras interpretaciones, nuestras lecturas, nuestros borradores y nuestros textos definitivos que queremos exponer para discutir en busca de coincidencias. Es decir, vinimos a dialogar sobre los autores y las obras literarias argentinas que constituyen un invaluable documento del pasado para comprender mejor nuestro *ethos* nacional y en consecuencia para comprendernos mejor.

Espero que estas Jornadas dejen huellas beneficiosas en nuestra cultura y en nuestras vidas. Esto ya lo hemos palpado quienes estuvimos en la organización, por cierto ardua pero también enriquecedora. Aprovecho para agradecer a todos cuantos han colaborado con su tiempo, su esfuerzo intelectual y físico y su apoyo espiritual.

Por último deseo darles la bienvenida a quienes han respondido a nuestra invitación y hoy nos acompañan. La mayoría viene de ciudades del interior: Santiago del Estero, Santa Cruz, Salta, La Rioja, Rosario, Rafaela, Córdoba, Mendoza, La Plata, Bahía Blanca, Tucumán. También, además de docentes, investigadores, egresados y estudiantes de la Universidad del Salvador, hay representantes de la Universidad Católica Argentina, de la Universidad de Buenos Aires, del CONICET, del Centro de Narratología, de la Fundación Jorge Luis Borges y de la Dirección de Enseñanza Artística de Buenos Aires. Quiero que cada uno de ustedes se sienta no sólo bienvenido sino cálidamente recibido por cada uno de nosotros.

Buenos Aires, 27 de septiembre de 2006